

PRIVATIZACION... O CAOS

GERMAN HOLGUIN ZAMORANO
(Presidente Consejo Superior del ICESI)

Palabras de instalación del Encuentro por Colombia realizado en Cali el 16 de septiembre de 1989 con la participación de 870 dirigentes empresariales, laborales, cívicos y políticos del suroccidente del país.

EN PLENA GUERRA

Celebramos este foro de reflexión en plena guerra. En medio de las dos guerras a muerte que hoy libra Colombia: la de la guerrilla y la del narcotráfico. Que, utilizando todo tipo de estrategias y modalidades de lucha, incluidos los atentados terroristas contra personas, propiedades y fuentes generadoras de riqueza, la infiltración soterrada en organismos del Estado o de expresión popular, la emboscada cobarde, el secuestro y el asesinato, que son armas comunes a ambos grupos delictivos, han desatado la mayor tempestad de virulencia y brutalidad que registra nuestra historia patria. Y han sumido al país en charcos de sangre amada. Y de lágrimas e incertidumbre. Y de tristeza suma. A veces movidos por el interés político de tomarse el poder, para sustituir la democracia por el absolutismo marxista, tan desprestigiado hoy en casi todo el mundo. Otros por una sed insaciable de dinero maldito. Y últimamente —¿quién lo creyera!— por venganza. Por represalia contra un pueblo que, ante el martirio de sus mejores hombres, decidió un día, ofendido en el alma colectiva y acorralado, ejercer el legítimo derecho de atacar para defenderse. Para defender la vida y la integridad de los que quedan. Y las instituciones. ¡Y la dignidad nacional!

Ante esta realidad y los múltiples peligros que ella entraña, varios amigos nos aconsejaron a los organizadores de este evento, suspenderlo.

Algunos por temor, muy frecuente por cierto en épocas de desconcierto como ésta. Y otros por cautela, para evitar —según ellos— riesgos innecesarios.

Sin embargo, tras de serena meditación determinamos —conscientemente— seguir adelante, tomando, claro es, las precauciones de seguridad razonables. Y no por heroísmo. Ni por espíritu aventurero. Sino por sentido de responsabilidad. Por el convencimiento íntimo de que estas guerras no son solamente contra el gobierno, el poder judicial, las fuerzas armadas, las sacrificadas familias Cano y Galán y unos cientos más, sino contra todos. Contra todos los colombianos de bien.

Razón por la cual somos todos, y no unos pocos, quienes debemos enfrentarlas. No exponiéndonos audazmente, pues nada ganaríamos aumentando la lista de mártires inocentes, sino aportando los elementos materiales, intelectuales o morales que estén al alcance de cada quien.

Que en el caso de la Fundación que hoy nos congrega y de los gremios económicos y, en general, de las entidades profesionales, cívicas y políticas con capacidad de acción y de influir en mucha gente, no pueden consistir en aislarse y callar cancelando sus congresos, asambleas o reuniones periódicas, por miedo disfrazado de prudencia, lo que encuentro inexplicable y re-

probable, sino en convocar a sus asociados, abiertamente, para gritar a los cuatro vientos su protesta y su dolor de patria y su anhelo de concordia. Para exigir al Gobierno la adopción de las medidas necesarias para asegurar el imperio pleno de la Constitución y las leyes, y su aplicación sin tregua hasta lograr un clima de convivencia civilizada. Para demandar del Parlamento el cumplimiento de su deber, sin esguinces ni dilaciones rabulenses que nadie entiende en momentos de horror, convirtiendo en ley aquellos decretos cuya vigencia pelagra y devolviendo al constituyente primario su facultad soberana. Para reclamar del poder jurisdiccional entereza, valor y grandeza en la aplicación de la justicia. Y, finalmente para colaborar en la identificación y el análisis de fórmulas de solución y alternativas de progreso.

Como ocurre, precisamente, con este Encuentro, cuya finalidad es examinar importantes iniciativas que autorizados voceros de distintos sectores de la comunidad han concebido para acelerar el desarrollo nacional en los campos económico y social e impulsar el crecimiento de las cuatro regiones aquí representadas.

¿POR QUE TANTA VIOLENCIA?

Mucho se ha escrito en estos días sobre el por qué han llegado tan lejos en el país las fuerzas del mal, junto con la violencia y la descomposición social que ellas arrastran. Y se han expuesto distintas teorías, todas ellas respetables.

Personalmente estoy con quienes piensan que ello se debe básicamente, por lo menos en una proporción importante, a la crisis del Estado.

En Colombia, al igual que en toda Latinoamérica y otras partes del planeta, ha existido tradicionalmente la creencia de que el Estado es omnipotente. Vale decir, el encargado de resolver —él y sólo él— todos los problemas y de satisfacer todas las necesidades de la población. O sea una especie de "Dios todopoderoso", al decir del exministro chileno José Piñera. O de "ogro filantrópico", según atinada expresión de Octavio Paz.

Y como corolario de este mito, que casi forma parte de nuestra cultura, el Estado se siente en el derecho, y en el deber, de hacer todo y de intervenir en todo.

Y es así como presta todos los servicios públicos físicos, con exclusión de cualquier otra alternativa. Y buena parte de los servicios sociales: edu-

cación, salud, transporte, seguridad... Construye obras de infraestructura. Y vivienda. Maneja las comunicaciones internas e internacionales. Importa, exporta y comercializa bienes. Controla los precios, los salarios, las tarifas y las tasas de interés, el ahorro y las transacciones bursátiles.

El comercio exterior. Y cerca del 80% de los recursos productivos... Y es propietario del 100% de las empresas de servicio público, los ferrocarriles y los puertos. Y del 65% del sistema bancario. Y de las 20 empresas más grandes del país. Para sólo citar unos pocos ejemplos que a todos nos constan.

Con los efectos propios de este acaparamiento global. El principal de los cuales es, sin duda, por sus secuelas nocivas para la tranquilidad ciudadana, el abandono de las responsabilidades esenciales del Estado, como son el mantenimiento del orden público, la administración de justicia y la promoción del desarrollo económico y social. Que, al confundirse con una maraña ilimitada de funciones y tareas menores, pierden la prioridad que les corresponde y pasan a un segundo plano. Hasta el extremo de que en las arcas oficiales hay dinero para todo menos para dotar al ejército y la policía del equipo y las armas indispensables para dominar a los delincuentes. Ni para dar a la justicia la protección y los elementos necesarios para el cumplimiento de su cometido. Pero en cambio sí lo hay para construir un Metro, a todas luces suntuario, cuyo costo de 1.500 millones de dólares (\$600.000 millones) supera varias veces el de los elementos de guerra que han tenido que donarnos los Estados Unidos en estos días. Y supera también sobradamente el valor que se requeriría para dotar de agua potable a toda la población colombiana. O para suplir otras carencias sociales.

Otra secuela inmediata de esa acumulación excesiva de poder y carga es, como resulta apenas obvio, la ineficiencia en la operación de las empresas estatales, causa permanente de pérdidas cuantiosas en organizaciones que por su naturaleza comercial deberían ser rentables. Tal es el caso, por ejemplo, de los Ferrocarriles, que para mover 14 locomotoras emplean más de 7.000 trabajadores, además de 14.000 pensionados, lo que en 1988 se tradujo en un déficit del orden de los \$5.000 millones. Los puertos, que en el mismo año perdieron \$3.800 millones. Y la Edis, que sobre ingresos de \$7.514 millones contabilizó un faltante de \$1.269 millones. Sin olvidar que, según reciente publicación de Comfecámaras, el 51% de las pérdidas reportadas por las 500 empresas más grandes del país se concentra, increíblemente, en tres organizaciones del Estado.

Lo que es muy grave para la comunidad toda. Que es quien a la hora de la verdad paga los platos rotos, bien a través de impuestos, contribuciones e inversiones forzosas, o bien a través de la inflación. Que es el tributo a la incompetencia de las empresas estatales.

Todo lo cual desplaza recursos de la corriente productiva a la oficial, para cubrir su déficit, determinando un crecimiento económico insuficiente, bajas tasas de ahorro e inversión y alto nivel de desempleo.

Y, naturalmente, la pobreza que padece la mitad de la población, que según estudios del Dane tiene hoy insatisfecha por lo menos una de las necesidades materiales básicas.

LA SOLUCION

Frente a este cuadro caótico, forzoso de reaccionar. Reconocer que el modelo político económico actual, basado en la omnipresencia del Estado, que no es otra cosa que un socialismo nublado, naufragó. Al igual que ha fallado en toda América Latina. Porque no interpreta la realidad que vive el país. Ni responde a las expectativas de superación y confort de la gente.

Motivo por el cual hay que cambiarlo. Sustituirlo por uno nuevo. Eficaz. Capaz de brindar a todos seguridad y bienestar. Y felicidad.

Sobra decir que la solución no podría estar en el comunismo, como pretende la subversión, desde luego que se trata de un sistema también fracasado, por su impotencia para organizar la producción y la sociedad. Por lo que está siendo abandonado en muchas partes, inclusive en la Unión Soviética y China, donde han aprendido que la planeación central y el monopolio estatal no funcionan. Y que la promesa de una vida mejor con base en ellas no se cumplió.

La alternativa, es, entonces, un modelo que establezca un equilibrio entre el Estado y el ciudadano. Concentrando al primero en el desempeño de sus misiones fundamentales, para lo cual debe ser fortalecido. Y liberando las energías del segundo, hoy reprimidas por los controles y las protecciones oficiales, para que se haga cargo de muchas de las demás: de todas las funciones en cuyo ejercicio el sector privado es más eficiente.

O sea un modelo cuyo motor no sea solamente el Estado, sino el Estado y el sector privado. Ambos vigorizados. El Estado para brindar seguridad, justicia y paz, y para estimular el desarrollo. La ciudadanía para producir eficientemente bienes y servicios, y generar riqueza, trabajo y satisfacción general.

En desarrollo de este esquema, pasarían al sector privado los Ferrocarriles, los Puertos, las telecomunicaciones, los oleoductos y los gasoductos. Por lo menos parcialmente, para darle curso al libre juego de la competencia, cuyo mayor beneficiario es el usuario.

Y las acciones del Estado en las entidades financieras y en empresas manufactureras, salvo aquellas en que deba retener por razones de estrategia militar.

También los servicios de salud, excepción hecha únicamente de los que cubren a los sectores más pobres de la población y a los trabajadores oficiales, que podrían seguir al cuidado de un ente gubernamental.

E igualmente los servicios públicos de agua potable, energía, teléfonos y recolección y procesamiento de basuras. Todos por el sistema de concesión regulada. Como acontece en varios países, incluso Francia, España y otros con gobierno de corte socialista. Porque se han dado cuenta de que en muchos casos la alternativa no es "Estado o sector privado", sino "sector privado o nada". Y en Chile, donde según lo informó en reciente visita a Cali el exministro de Hacienda y candidato a la Presidencia Hernán Büchi, el 100% de tales servicios es brindado ahora por la iniciativa privada. Asegurando así mayor cobertura, menores costos operativos y precios más bajos. Que es lo que interesa al consumidor.

De igual manera se liberaría el comercio exterior, a fin de estimular la integración del país a los mercados mundiales. Obviamente tomando las precauciones indispensables para evitar la quiebra de la industria local y para agilizar las importaciones y las exportaciones.

EXPERIENCIA DE OTROS PAISES

Como se sabe, no es esta una idea original. Pues el modelo descrito ha sido ensayado exitosamente por varios países de Europa Occidental y por Japón, Singapur, Corea del Sur y Taiwán. Además de los Estados Unidos, donde nació. E incluso por Chile, como lo insinué atrás, que gracias a él ocupa hoy el primer lugar en Latinoamérica en todos los índices de crecimiento económico y beneficio social.

Hasta el punto de que podría afirmarse, sin temor a equivocación, que lo que distingue a Alemania Occidental de Alemania Oriental, a Corea del Sur de Corea del Norte, a Chile de Nicaragua y, en general, a las naciones prósperas y desarrolladas de las naciones atrasadas, es que las primeras adoptaron ese modelo y las segundas no. Que las primeras optaron por el mercado y las segundas por el Estado. Y lo cierto es que las primeras alimentan a las segundas...

NECESIDAD DE UN LIDER

El desafío es, entonces, colocar a Colombia dentro de esta corriente arrolladora para poder colmar los requerimientos y los sueños de toda la población. Unica manera de asegurar la vigencia de la democracia. La supervivencia nacional.

Sé muy bien que no es esta una tarea fácil, pues implica un cambio profundo en la economía y en la sociedad. Y este tipo de cambios requiere de una férrea voluntad política. O sea del empuje de un equipo de gobierno convencido y decidido. Y sobre todo de un líder. De un líder visionario y corajudo. Que no tema confesar su credo político. E impulsar simultáneamente de un lado el fortalecimiento del Estado para el mejor cumplimiento de sus deberes básicos, y, de otro lado, la privatización de la producción y los servicios, la liberación de la iniciativa particular y la apertura económica.

Pero justamente por ello lo propongo aquí. A manera de marco filosófico de estas deliberaciones. Porque abrigo la ilusión de que de este Encuentro maravilloso salga el portador de esta bandera de esperanza.

¡La bandera de la nueva Colombia!

FUENTES DE REFERENCIA

- Plinio Apuleyo Mendoza, La Otra Revolución, I Congreso Nacional de Comunicadores Empresariales, Cali, junio 21 de 1989.
- Hernán Büchi, Exministro de Hacienda chileno, Foro Reestructuración Industrial y Apertura a los Mercados Internacionales, Cali, junio 29 de 1989.
- Mariano Grondona, entrevista concedida al periodista José Pardo Llada, Cali, noviembre 28 de 1988.
- Juan Diego Jaramillo, Libertades Políticas y Libertades Económicas, I Congreso Nacional de Comunicadores Empresariales, Cali, junio 21 de 1989.
- Octavio Paz, Tiempo Nublado, Biblioteca de Bolsillo.
- José Piñera, Economista chileno, entrevista con Plinio Apuleyo Mendoza, 1988.
- Jean Francois Revel, El Estado Megalómano, Planeta.